

cambio, es un paraíso abúlico y extático en el que agoniza encerrada en su sombrío mutismo una raza que fué muy grande pero que no atina a salir de un círculo trágico en que parece haberla abismado una vengativa divinidad. Una tristeza ancestral endurece las bocas, los ojos, y los brazos y paraliza la voluntad, que solo parece encontrar bárbaro estímulo en las grandes orgías de sangre. La Habana se transforma en una urbe moderna y suntuosa gracias a la afluencia de los turistas norteamericanos que llegan hasta ella en busca de su tibieza invernal y del alcohol de sus bares y cabarets, llenan sus ramplas y playas de lujosos automóviles, sin descuidar por eso los negocios por medio de los cuales se van apoderando de la riqueza de la isla: tabaco de su fértil « vuelta abajo », azúcar de sus desbordantes ingenios. De la prodigiosa Manathan en la que crece día a día la monstruosa vegetación de sus rascacielos, a una fábrica Ford en Detroit, nuevo santuario, mezquita maravillosa que atrae diariamente caravanas de peregrinos, al salto Niágara, o Cleveland, ciudad-vergel en la que se viene a buscar sedante reposo y remedio a los nervios superexcitados, a San Luis, orgullosa sobre una margen del gran Missisipí, ese viaje por Estados Unidos hecho en forma vertiginosa, como corresponde en aquel ambiente, tiene mucho de cinematográfico, de mecánico, de fantástico en el sentido de lo maravilloso y cambiante. Fácil es, hasta cierto punto, comprender y juzgar a ese pueblo desde que desborda todas sus energías hacia el exterior. Al revés el pueblo mejicano, reconcentrado y huraño, no entrega el secreto de su dolor y es necesario convivir con él y compenetrarlo mucho antes de poder juzgarlo.

« Por las tres Américas » es, pues, un libro bien escrito, variado y ameno que transparenta un temperamento sano, desbordante de la alegría de vivir; un libro sin pretensiones pero mucho más fuerte y enjundioso que otros escritos con vistas a la inmortalidad...

A. L.

#### « PALACIO SALVO ». — POEMAS

POR JUVENAL ORTÍZ SARALEGUI

Edición: « Casa A. Barreiro y Ramos S. A. » — Impresión: Peña Hnos. — Portada y ex-libris: Héctor Fernández y González.

Por suerte para nosotros empiezan a levantarse firmes figuras en el escenario de las modalidades nuevas. Juvenal Ortíz Saralegui, a quien personalmente no conozco, planta su « Palacio Salvo » en medio de la plazoleta de nuestra literatura. Y lo de plantar el rascacielo no es nada. La hazaña de Ortiz Saralegui es la de acodarse

en una de las más altas ventanitas y sonreír hacia abajo.

Ya ha terminado el niño su trabajo. Trabajo de poeta. Trabajo de niño. Porque el niño es lo único original que anda sobre el polvo de la Tierra. Libro de poco material; un poco alado; un poco esquivo; un poco arista para el espíritu de todos los días. Poco material y mucho cemento. Cemento cuajado en talento. Aristos de originalidad. « Palacio Salvo » de la literatura. Nuevo mirador para otear más lejos. Salpicado de ocurrencias 18 kilates y montado sobre 15 rubíes de insospechable procedencia.

Por suerte para nosotros empiezan a construirse firmes baluartes para resguardar las nuevas maneras. No porque las nuevas maneras teman el bis a bis con lo anticuado; sino para ahuyentar un poco el eco de los ladridos de los que, pelado el hocico de rastrear sombra de aviones, encuentran consuelo en salpicarnos con pulgas de mala intención.

Desde el comienzo, el libro de Ortíz Saralegui se le hace simpático a uno. Todo es grato: el papel, la forma de los tipos, la impresión nítida ( un error: posillo por pocillo en el « Canto del primer vagabundo del café » ), la falta de numeración de las páginas, la ausencia de índice, cierto desorden en la sucesión de los poemas. Todo es simpático, amable, impetuante. Eso fuera del enorme valor poético de este libro pequeño que vale por lo que no valen los gruesos, los terribles libros de versos que uno ve, con horror, publicados a cada dos por cuatro.

Juvenal Ortíz Saralegui canta la vida tal como él la vé. Hay unos cuantos poetas que ya cantan la vida tal como ellos la ven. Frente a este número de cantores sinceros está el grupito — ! tan ridículo ! — de los que tienen fórmula. Es decir, de los que se han ido pasando unos a otros una recetita, una especie de vidrio de colorinches al través del cual ven la vida. Y la ven igualmente idiota; la ven con los mismos consonantes. ( El alma siempre en calma; si hay dolor tiene que haber amor; si pasan dos o tres siglos, enseguida aparecen los vestiglos; si va de sombrilla, será amarilla, irá por la orilla, se aposentará en una silla con... esterilla ).

Estos de la fórmula, de la recetita, del vidrio, de los consonantes son los que hacen versos con andador. Lo rodean de unos andamios ( métrica, ritmo, consonancia ) y de ahí no se salen ni le dejan salir. Para ir por sí mismo es necesario tener motor. Ser motor y no acoplado. Generalmente el acoplado en los tranvías suele meter más ruido que el coche tractor. Pero todo se debe a que él quiere hacer creer que lo hace todo. Si estos señores quieren hacer una pequeña experiencia yo puedo proponersela: hagan traducir al idioma que más les plazca esos versos. En cuanto des-

aparece el consonante, ¡págate! aparece la médula del verso. Es decir, aparece el hueco donde debiera haber médula.

Mientras que, las composiciones poéticas hechas a base de sentimiento personal y de ideas originales ( en las que el alma puede no estar en calma, por ejemplo ) al pasar a otro idioma siguen llevando su fuerza, y como las palabras sólo sirven de caballete para soportar el cuadro del poema, resulta que el cuadro siempre está en exhibición cualquiera sea el soporte. Porque convengamos en que a los cuadros jamás les ha importado la calidad del caballete.

Ahora bien, si el caballete es todo... la cosa varía un poquito. Lo suficiente como para abominar de la composición que se nos brinda.

No vaya a creer nadie que nos enoja que haya quién escriba distinto a como debe escribirse. Por el contrario, nos parece muy bueno que así sea. Recuérdese que D. Quijote hacía rebotar en la cabeza de Sancho ( que era el sentido común ) los proyectos que iba diciendo en voz alta. Y éste le advertía con un aterrorizado grito cuando el Caballero Maravilloso iba a despeñarse por una de sus aventuras inmortales. Por eso me parece buena cosa tener donde reflejarse. «Llevar tablero», como dicen los chauffeurs. Cuanto más se enojen los del vidrio, más debemos persistir en nuestra actitud; más seguros estamos de que las cosas van saliendo bien. Bien para nuestro entender, que es lo único que nos importa.

Hecho este prelude de distancia, sigamos leyendo las bondades y las acertadas de este Ortiz Saralegui, poeta por los cuatro puntos cardinales de su personalidad.

La brevedad intensa de los poemas de Ortiz Saralegui es uno de los méritos de «Palacio Salvo». «Esquina», «Muchachos palermenses», «Matinal», «Reus Chico», «Por la escollera», «Poema de la muchachita geométrica», «Pan marino», «Poema del afilador», «Faro de Punta Carreta», «Charcos», son composiciones llamadas a perdurar. Son sorpresas, instantáneas de estados de espíritu del siglo XX; son buceadas legítimas dentro de lo artístico. Muestras traídas en la mano para demostrar que se estuvo adentro y no en la orilla. Y nada libresco. ¡Eso es lo bueno!. Nada de Grecia, ni de Roma, ni de la pastora tal o cual, ni del arroyo que se queja, ni del dolor de ser amado. Pamplinas antiguas que se han ido repitiendo sin cesar; llegando hasta el caso de conocer poeta felicísimo que se hacía el llorón cuando escribía versos. ¡Cómo para pegarle era el caso!.

El poeta, el verdadero poeta nuevo, no debe vivir en pose para que otros le miren. Debe retraerse. Debe dejar en paz su obra. Es inútil aclimatar una estupidez; de modo que por más cuidados que se le presten a una tanda de sonceras líricas, morirá de muerte de olvido a poco andar. El librito de Saralegui podrá no ser un muestrario perfecto de lo nuevo; podrá tener sus errores; sus parentescos, sus «audacias». Podrá tener todo éso y más aún. Poco importa. Obligar a un poeta a que sienta todas las cosas que canta con la misma intensidad es ponerle en trance de máquina. Ortiz siente —; y aquí está su independencia de hombre 1928! — como le dá la gana. A veces, hasta de mala gana.

\*\*\*

Escribimos todos los renglones que anteceden hace ya mucho tiempo. Hemos conocido después personalmente, a Juvenal Ortiz Saralegui. Hemos hablado largamente con el poeta; hemos paseado en su compañía; hemos tolerado sus chistes. A más no podía llegar nuestra paciencia.

Después de haber trabado ese conocimiento, ratificamos cuanto habíamos dicho sobre su «Palacio Salvo»; — más, decimos ahora que su personalidad de café, de paseo, de visita, de conferencia, de chacota, es tan interesante como su obrita.

Inmensa prueba de valer es ésta. Hay hombres que, después de una tortura mental infinita, meten en un libro alguna cosa. Después quedan como saco vacío: desinflados, flojos, achatados. Todo lo pusieron en su libro; nada reservaron para abonar el espíritu en charlas y regocijos. Sentimos una infinita piedad por estos agotados.

Ortiz Saralegui tiene una ideal lozanía de espíritu. Es juguetón. Se ríe de las miserias humanas. Está un poco más acá del punto de llegada. Ya vuelve...

Y es un pibe. ¿No le conocéis? Un muchacho apenas, casi rubio, regular estatura, gordo, trajeado de gris.

Terminamos estas páginas aconsejando la lectura de las páginas de su lindo libro. De ese libro que una vez indignó de tal modo a un desconocido señor, que nosotros no podíamos con la risa al leer las cosas que se le ocurrieron decir en «Imparcial».

Lo dicho: cuanto más se enojan los de la receta, los del vidrio, los de la macana repetida, más y más seguros debemos estar del triunfo perdurable de nuestras obras.

ALFREDO MARIO FERREIRO.